

LA VIDA A PESAR DE TODO

Ramón Díaz Eterovic¹
diazeterovic@gmail.com

Se cumplen cincuenta años del golpe militar que puso un paréntesis dictatorial a la democracia existente en Chile hasta septiembre de 1973. Luego de varias décadas de lenta recuperación de algunos elementos que configuran una sociedad democrática, el país parece retroceder en su camino hacia una organización social moderna, amplia e inclusiva, y vuelve a enfrentar una etapa en la que se escuchan las voces intolerantes y excluyentes que identifican a diversos sectores de la derecha política. Se vislumbran nubes negras en la convivencia nacional, y por eso, recordar los cincuenta años del golpe militar que terminó con el gobierno de Salvador Allende, impone insistir sobre las vivencias de muchos chilenos que vieron sus existencias marcadas por el fin de ese gobierno y el inicio de una dictadura que dejó cicatrices profundas, heridas que no cierran, silencios que es muy probable permanezcan en el tiempo y en las conciencias de las víctimas y sus entornos.

Yo era un adolescente hasta el martes 11 de septiembre de 1973. Vivía en Punta Arenas, mi ciudad natal, y junto a otros jóvenes de mi liceo y mi barrio me había sentido

¹ Ramón Díaz Eterovic (Punta Arenas, 1956). Ha publicado novelas, cuentos y ensayos. Nombremos su vasta producción novelística: *La ciudad está triste* (1987), *Solo en la oscuridad* (1992), *Nadie sabe más que los muertos* (1993), *Nunca enamores a un forastero* (1999, 2006), *Ángeles y solitarios* (1995), *Correr tras el viento* (1997, 2009), *Los siete hijos de Simenon* (2000, 2001), *El ojo del alma* (2001), *El hombre que pregunta* (2002), *El color de la piel* (2003), *A la sombra del dinero* (2005), *El segundo deseo* (2006), *La oscura memoria de las armas* (2008), *La muerte juega a ganador* (2010), *El leve aliento de la verdad* (2012), *La música de la soledad* (2014), *Los fuegos del pasado* (2016), *La cola del diablo* (2018), *Los asuntos del prójimo* (2021), e *Imágenes de la muerte* (2022). Ha obtenido numerosos premios literarios, entre los que destacan el Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (los años 1995, 2008 y 2011), el Premio Municipal de Santiago, género novela (los años 1996, 2002 y 2007), el Premio Altazor 2009; el Premio Anna Seghers de la Academia de Arte de Alemania (1987); y el Premio Las Dos Orillas del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón (2000). Sus obras han sido publicadas en España, Grecia, Estados Unidos, Francia, Holanda, Alemania, Croacia, Portugal, Venezuela, Argentina, Italia, China, Uruguay, México.

invitado a participar de los cambios políticos que experimentaba el país. Nadie podía quedar al margen de la agitación de la época y nos sentíamos convocados a pensar e imaginar un país cercano a nuestros sueños de igualdad. Nuestro acercamiento al quehacer político nació bajo la inspiración de Salvador Allende, cuyo ideario fue el imán que nos atrajo hacia el proyecto de construir nuevas formas de convivencia y organización social. Sus tres años de gobierno, fueron un tiempo en el que creímos tener la posibilidad de construir un país distinto, sin los desequilibrios ni las injusticias que conocíamos. Allende nos instaba a sumar la rebeldía juvenil a los cambios que era necesario generar. En sus palabras había un llamado motivador que inspiró la participación de miles de muchachos y muchachas, y que más tarde, con el horror grabado en la mirada, convocó a sobrevivir y resistir, mientras la imagen de La Moneda bombardeada comenzaba a recorrer el mundo y se hacía parte de nuestras vidas.

Fue durante el gobierno de Allende cuando escribí mis primeros textos literarios, y sobre todo, cuando viví con entusiasmo la efervescencia cultural que caracterizó ese período. En mi condición de muchacho provinciano estaba distante de muchas de las expresiones culturales que se manifestaban en lo que llamábamos “el norte del país”, y de pronto, de la noche a la mañana, empezamos a ser parte de un ambiente social culturalmente activo, diverso y bullente. Las expresiones artísticas estaban al alcance de los interesados. Veíamos cine de distintas latitudes, nos visitaban escritores de la talla de Julio Cortázar, seguíamos las colecciones literarias de la Editorial Quimantú, celebrábamos a Pablo Neruda, nuestro segundo Premio Nobel de Literatura. En un plano más personal fueron los años en que escuché mis primeros conciertos de música clásica, vi las primeras piezas de teatro y tuve mis primeros libros. Se respiraban buenos aires para las expresiones artísticas. Mis aspiraciones literarias y las de otros muchachos de mi edad estaban unidas a esos aires, al deseo de escribir y expresarnos a través de la palabra. Y desde luego, pensábamos en un futuro muy distinto al que posteriormente nos tocó vivir.

La escena cambió de manera radical. La violencia, en cada una de sus formas, fue parte de nuestro hábitat. La dictadura declaró la guerra a la cultura y a buena parte de los chilenos. El símbolo más evidente de lo que sería esa guerra fue el cobarde asesinato de Víctor Jara. Luego nos tocó la quema de libros, el cierre de revistas y editoriales, el exilio de escritores y artistas. Vino la censura y el miedo como instrumentos para acallar cualquier asomo de expresión contestataria. La mayoría de los autores chilenos, impedidos de publicar sus obras, las hicieron circular por canales marginales, cuando no clandestinos. Los que entonces aspirábamos a ser escritores nos quedamos huérfanos, sin las influencias o consejos de los escritores mayores que teníamos como referentes más inmediatos. Fueron años duros de vivir y testimoniar desde la palabra, pero la inmensa mayoría de los poetas y narradores se sintieron comprometidos con las luchas de ese tiempo. Nacieron talleres y colectivos de escritores, se crearon revistas y organizaron lecturas y pequeños encuentros. Se sobrevivió a los primeros años de

la dictadura, y con el inicio de la década de los ochenta, las iniciativas en el campo literario y cultural pudieron manifestarse con mayor fuerza. Las expresiones culturales alimentaron las esperanzas y fueron un elemento importante en la recuperación democrática, a comienzos de los años noventa.

Lo anterior son algunas impresiones de esa época. Otros, los partidarios y cómplices de la dictadura, tendrán recuerdos más felices y desde luego muy diferentes a los que decidimos oponernos a la dictadura. En tanto personas que “nunca salimos del horroroso Chile” que menciona Enrique Lihn en uno de sus poemas, vivimos de cerca la persecución, las torturas y desapariciones de personas; la falta de justicia y la complicidad de los medios de comunicación, la prisión y relegación de muchos conocidos y amigos. Recuerdo, entre otros, al poeta Aristóteles España que a sus diecisiete años de edad fue recluido en el campo de prisioneros de la Isla Dawson; o a Recaredo Ignacio Valenzuela, compañero en un taller literario de la Facultad de Economía y Administración de la Universidad de Chile, baleado y asesinado en la calle por los agentes represores del régimen militar. Tiempos difíciles, diría Charles Dickens.

Los cincuenta años transcurridos desde el golpe militar del año 1973 representan más de dos tercios de mi vida y desde luego, el quiebre de diversos sueños personales. Todo fue contaminado por la injusticia y la mentira. Estudios, trabajos, convivencia cotidiana, acceso a los bienes culturales, posibilidades de expresión. Viví las intolerancias, las censuras, las detenciones arbitrarias, los despidos y marginaciones. No fue fácil vivir en un país prisionero, desconfiando de las sombras, temeroso de las sirenas que aullaban en las noches y de los desconocidos que parecían interesados en nuestras palabras. De estas cosas no se habla mucho y a menudo hay que explicar a los jóvenes lo que significaba vivir en una ciudad cercada, limitada por el toque de queda, leyendo libros de manera clandestina, como las memorias de Pablo Neruda; escuchando lejanas ondas radiales para saber lo que no aparecía en los diarios o la televisión. Como otros jóvenes, tuve que crecer respirando las arbitrariedades de la época, conviviendo con el miedo, conservando el amor a la libertad mientras la injusticia y la muerte jugaban sus cartas. Como otros jóvenes, nos comprometimos en la lucha contra la dictadura. Y mientras gritábamos en las calles, imprimíamos panfletos o rayábamos los muros de la ciudad, aprendíamos a amar y a construir nuestros sueños. Sueños que fueron lo suficientemente robustos para más tarde seguir empeñados en la escritura, en la organización y dirección de entidades y actividades culturales, y por qué no decirlo, empeñados en el amor y en el deseo de traer hijos a un mundo que por sobre todas las cosas esperábamos diferente.

A medio siglo del golpe militar seguimos con las tareas pendientes o inconclusas. Continuamos siendo un país que lucha por recobrar su plena democracia. Un país atado a su pasado, que se miente a sí mismo, porque detrás de supuestos éxitos económicos está la realidad de una de las peores distribuciones de ingresos en el mundo, con su secuela de miseria y falta de oportunidades. Las desigualdades siguen presentes en

muchos aspectos de la vida cotidiana, y frecuentemente los hitos del llamado progreso o modernización no hacen más que acentuarlas. Seguimos sujetos a medios de comunicación que omiten informaciones y manipulan las opiniones, a una constitución política que corre el peligro de seguir moldeada al antojo de los herederos de la dictadura, y a la aplicación estricta de un modelo económico que se sigue administrando a espaldas de las reales necesidades de la gente. Un modelo indiferente a las necesidades de trabajo, salud, educación y vivienda de las personas, y que significa la imposición de una forma de vida conformista, acrítica, excluyente, proclive a seguir los cantos de sirenas que suenan a mayor volumen o con más continuidad.

Hasta 1973 vivíamos en un país modesto, pero, sin duda, más solidario, y más consciente de la importancia de la justicia social y del desarrollo cultural a través de la educación, la literatura, las artes. La voz del presidente Aguirre Cerda señalando que gobernar es educar había dejado sus huellas. Hoy nos ufanamos de riquezas efímeras que se cosechan en un campo de ignorancia y banalidad. Años atrás, mi hijo que estaba entrando a la adolescencia y solía andar con su mochila cargada de interrogantes, me hacía preguntas que podían traducirse en una sola gran inquietud: ¿Hay algo en lo que se puede seguir creyendo, un sueño del que valga la pena apropiarse y luchar por hacerlo realidad? Es la pregunta que se siguen haciendo muchos jóvenes chilenos, tal vez sin el trasfondo ideológico que acompañó a sus padres en las décadas de los años sesenta y posteriores, pero con la rebeldía a flor de piel, latente y vigorosa frente a un mundo que reconocen injusto y carente de oportunidades, estructurado de un modo que no pretende resolver las desigualdades, sino perpetuarlas. Cuando busqué una respuesta para mi hijo, recordé algunas palabras de García Márquez que sirven para resumir lo que han sido la historia chilena del último medio siglo: “En este mundo existió la vida, prevaleció el sufrimiento y reinó la injusticia, pero también fuimos capaces de creer en el amor y hasta imaginar la felicidad”. La necesidad de construir un país más solidario sigue vigente. Seguimos perplejos y detenidos entre los dolores no resueltos del pasado y las desigualdades del presente. Para avanzar hay que seguir alimentando la esperanza, pese a los aires de intolerancia y violencia que se vuelven a respirar por las calles de nuestro país y del mundo.